

cruceros/ que nos llevarán al nombre de Dios/ que es el cielo" (pág. 18).

Digamos que esta escritura es un limbo: *no* es crítica de pintura y tampoco llega a postularse poesía, precisamente. Y por eso su atmósfera central es la *ensoñación* entre la vigilia y el sueño (cf. *Un antiguo esplendor*, pág. 19), el misterio o el secreto de las sombras y la premura por descifrarlas: "la constelación/ en donde Dios lee nuestro nombre" (pág. 16); "nubes del mundo y de las grandes alturas, y abismos/ de quien los contempla" (pág. 17); "como quien delectaba un sueño" (pág. 35).

Al final, el propio libro condensa esta situación: "Quien se lanza al lago/ que refleja el azul del cielo/ cae y asciende/ al fugaz asombro de un alto silencio" (pág. 37). Quizás el dilema estribe en que Mutis Durán anhela de todas mangas escribir poesía sin conseguirlo plenamente, cuando en verdad lo más sencillo sería escribir sobre pintura y dejar que la poesía se cuele en la prosa cuando le dé la gana.

EDGAR O'HARA

La fugacidad poética

Antínoo

Carlos Framb

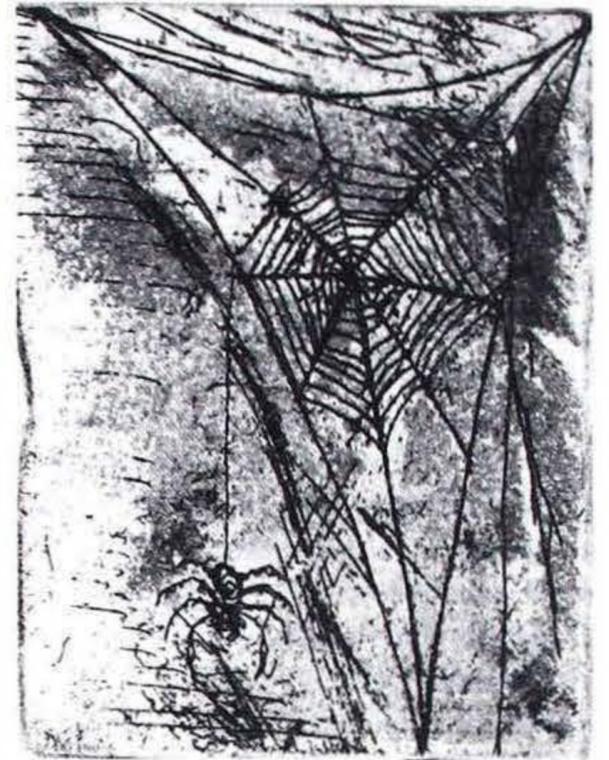
Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá, 1987, 61 págs.

En un artículo de su libro *Contracorrientes* (1985), Juan Goytisolo nos ofrece su punto de vista sobre cierta retórica (sexual) en poesía a partir de la obra de Jaime Gil de Biedma y respecto a un poema específico: *Artes de ser maduro*. Creo que convendría citar en extenso a Goytisolo para entender cabalmente el sentido de su crítica. Por cierto que admira —y mucho— la poesía de Gil de Biedma. Pero aquí va su achaque: "Mientras la evocación de la senectud y paso del tiempo halla una enunciación apropiada en 'Pícos deseos al empezar el

año', la lectura de versos como 'Todavía la vieja tentación/ de los cuerpos felices y de la juventud. . . ' nos descubre que, desde la fecha en que Gil de Biedma redactó el poema a su relectura presente, algo ha cambiado en nuestra percepción y ha vuelto empalagosa e irritante una emoción explotada en el intervalo por la cáfila o rebaño elegíaco de los Cien Mil Hijos de Cavafis. . . La profusión de adolescentes terrestres o marinos acabaría por volverle a uno desesperadamente heterosexual".

Es siguiendo el sentido del reproche de Goytisolo a una *retórica* como cualquier otra, que nos es posible evaluar los límites del libro de Carlos Framb. Hay que empezar diciendo que el poeta, como el personaje de *Antínoo*, es muy joven y que estos poemas pueden cojear de varios lados pero, eso sí, hay un oficio poético digno de mención. Los problemas son de otra índole y los señalaremos. En verdad el *quid* del asunto nada tiene que ver con las preferencias sexuales involucradas en el libro. Es un asunto exclusivamente de lenguaje, de astucia verbal. Digamos que la tradición que viene de Cavafis ha impuesto una noción del *instante* y la *belleza varonil* ligada, indisolublemente, a la elegía. Hasta ahí, bien. Pero esto se complica cuando se advierte que la frescura del lenguaje en un maestro es mero arañazo en el discípulo. El dominio de la técnica verbal es importante en poesía, pero *no* siempre el factor determinante. Digámoslo de otra manera: es posible escribir muchos poemas "a lo Cavafis", "a lo Gil de Biedma", "a lo Luis Antonio de Villena" (joven español que, a mi juicio, ha ganado la batalla contra esa retórica). Son, pues, los poemas "que suenan a. . .". Pero otra cosa distinta es escribir poemas *como* Gil de Biedma, Villena o Cavafis. Sería prematuro pedirle a Carlos Framb que pusiera las barbas en remojo, pero no lo es indicarle algunas coincidencias con la retórica al uso.

En primer lugar, la nota que acompaña al tópico de la belleza. Puede que no haya cupidos o arcángeles en *Antínoo* (si en efebo, pág. 23, y unos bucles, págs. 17 y 45) pero esa atmós-



fera está allí, impregnando las palabras. Es algo que no sólo exasperaría a Goytisolo. También Luis Cernuda frunciría el ceño. Y es que esta atmósfera apunta al exotismo, al *art nouveau*, a un modernismo de poquísima candela. No es sólo el tema del joven amado por Adriano, tema que inventa y explora como nadie Marguerite Yourcenar (que está de moda, vamos). Es la pasión por situar en la lejanía (Claudiópolis, Egipto; ¡ah!, y los infaltables haikús, que ya deberían ser desterrados de la poesía hispanoamericana para bien de los jóvenes) un sentimiento que ocupa un presente y un espacio estrictamente reales.

En el libro de Framb se encuentran ambos elementos. Por un lado esa "belleza" de película de Franco Zeffirelli: "Es el mismo rosado que hoy he visto/ temblando sobre un labio de muchacho" (El Rosa); "He rendido mi ser al casi líquido / desliz de una caricia, con el mismo / fervor de aquel primer adán de las grutas" (*Hoy*); "Cada ser que amamos es Cármides, / nombre de ese eterno muchacho que al llegar / ya empieza a abandonarnos" (*Grecia*).

Por otro, el exotismo geográfico y temporal: ". . . la luna bogando en el sagrado Ganges [. . .] un murmurio vivaz de morería, romerajes / y tanto compartido García Lorca [. . .] Es el inca y sus ojos / espejo de una tristeza más antigua" (*Equivalencias del aire*).

Y (como envoltura de platina de esos chocolates de la matinée escolar) el capullo modernista: "El rocío enlucía ya las pestañas del nenúfar / Corriendo por su piel de púrpura. . ." (I, pág. 35); "El caramillo griego, / opuesto al moaré rosáceo de tu labio" (VIII, pág. 49).

Un elemento adicional pero nada insignificante es el hilo de referentes cuasimísticos o cristianizantes que ata ligeramente a los personajes. Esto es claro no sólo en el poema que da título al libro ("Atrás, el juego donde siendo El / Crucificado grito, fueras tú rendida cruz. . ." (V, pág. 43); "Cuando el amado pastor no abrevia / Ya su sed junto a la nuestra / ¿Qué son sin él los caminos y la noche?" (VIII, pág. 49), confiriéndole una mixtura de terrenalidad, Olimpo y Calvario sexual, sino en un poema como *El vino* (pág. 17). De alguna manera estas referencias tienden a diluirse en un esoterismo que ya se advierte en *La magia*, poema publicado en la revista Golpe de Dados (LXXXV, enero-febrero de 1987). Esa "magia de pertenecer a un Cosmos" es la respuesta a la fugacidad del instante. De ahí que en *Antínoo* regrese como estatismo: "Es el yogui, cerrados los ojos al entrar en sí, / como yo cerrados en el beso: / cada uno salvándose en su dios" (*Equivalencias del aire*). Claro, el dios del hablante es el deseo. Pero quiero insistir en que la exploración poética de este deseo se realiza con armas expresivas y ventiladas.

El primer libro de Carlos Framb no peca de exceso, como tantos otros libros de jóvenes. Su objetivo parece la erudición, el goce literario mismo. Pero le hace falta ese conocimiento vital que es también una experiencia de otro lenguaje.

EDGAR O'HARA

La pertinacia de un escándalo

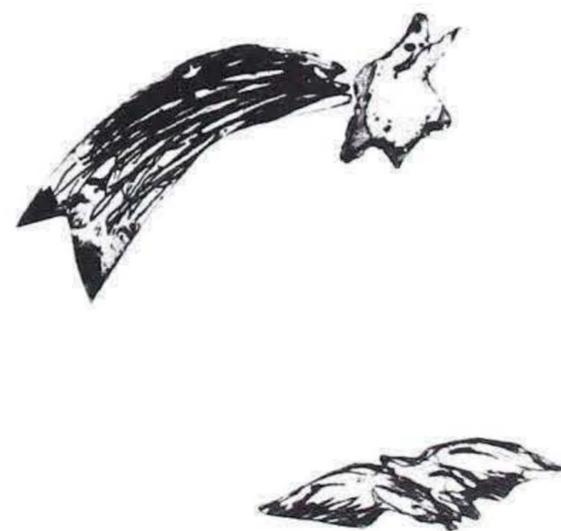
Los pecados de Inés de Hinojosa
Próspero Morales Pradilla
Plaza y Janés, Bogotá, 1986, 588 págs.

La novela *Los pecados de Inés de Hinojosa* va completando el derrotero de las novelas nacionales. Reproducida, escoliada, homologada, dio ya la vuelta al ruedo de nuestra prensa dominguera; y el autor ha pulido entrevistas en todas las demás publicaciones que se ocupan de la actualidad porque hay que hacer política. Pero hay algo singular en este caso: también ha sido ya *leída*. Por el gran público, apodo lírico de alguna gruesa cifra comercial, que a veces hace caso omiso de la publicidad y se le mide a un producto. Bajo la comunión de la estadística se ocultarán también muchos intelectuales, no existe otro nombre, que a su modo pecaron leyéndola a hurtadillas. La portada del libro, ese cartel de cine rojo, será otro sello del inconsciente colectivo, incluso en el de quienes sin haberla fisgado conocen esta obra de la misma manera que cualquier compatriota conoce Cartagena sin haber ido allá. Así, esta reseña admite llover sobre mojado. Pero es sabido que se fragua una telenovela con el título. Levantará otras polvaredas, no es improbable que el autor pida también la horca para la actriz protagonista. Y uno, por no quedarse sin oficio, se apresura antes o a pesar de que todo el mundo, habiendo disfrutado del último estertor del alboroto, considere el asunto liquidado.

Pasó la hora del elogio o la reprobación. Hablar de hitos es privilegio de los primeros reseñistas, de la casa editora y de los reporteros. Además, en Colombia cada novela marca uno, por el lado que sea. Anularla sería tan sólo ese pudor con que aquí compartimos los éxitos ajenos. Recomendarla o deslucirla carecería de sentido, dada su difusión. Ahora hay que tratarla civilizadamente, como a

los vecinos cuando ha pasado cierto tiempo.

Del autor, el tunjano Próspero Morales, se dice en la solapa que "conoce todos los países de América, la mayoría de los europeos, la Unión Soviética y Australia". En la novela, el Judío Errante va de paso por Tunja, es la imagen de bulto que trae el miedo general a la ciudad. Pero si bien la itinerancia no es hoy en día maldición, no se podría tachar de transitorio al libro. El argumento, la vida y desafueros de Inés de Hinojosa, que en la infancia de Morales Pradilla seguían en boca de sus conterráneos y que dieron motivo a un breve episodio de *El carnero* de Juan Rodríguez Freyle, maduró *in pectore* durante los años en que otras letras y el conferencismo llevaron a Morales al galope. Se trata, pues, de una de esas novelas de toda una vida. Como él ha dicho, germinó en su niñez esta obsesión despertada por el borroso escándalo que murmuraban los adultos. El lento cocimiento es discernible en esta y otras novelas similares y produce un placer especial. Tan raro en esta época, que la desconcertada



prensa se deshace en loas cada vez que se publican, maravillada de que una idea estética y no una codicia haya podido taladrar la vida de algún hombre. De vez en cuando un autor declara (y prueba, como en este caso) haber coronado. Y como no se trata del embeleco personal de un amigo borracho, por un rato se exalta a la literatura y de paso se le restituye el añorado final feliz consolativo que tiene prohibido relatar.

La trama, por tratarse de pecados venerables, es simple, previsible y